

Miguel Morey. *Deseo de ser piel roja*. Barcelona, Anagrama, 1994, 219 pp.

Dentro del ámbito de la producción ensayística española de finales del siglo xx, la obra literaria de Miguel Morey ocupa un lugar privilegiado, en cuanto a profundidad de contenido filosófico y claridad de exposición discursiva. Entre los ensayos de marcado carácter especulativo de este escritor merecen ser destacados: *Los presocráticos*, *Lectura de Foucault*, *El hombre como argumento*, *El orden de los acontecimientos* y *Psiquemáquinas*. Sin embargo, *Deseo de ser piel roja* se encuadra en una modalidad ensayística repleta de una pronunciada orientación narrativa, conforme sucedía también en *Camino de Santiago*. En estas dos obras sobresale una definida pregunta acerca de la identidad de los narradores y de los mundos en que se encuentran insertos. No obstante, la fragmentación diegética y el quebrantamiento de la dimensión temporal del discurso reflexionante es muy superior en *Deseo de ser piel roja* que en *Camino de Santiago*, obra en la que la polifonía redundante de voces que acompañaba al narrador homodiegético, convertido en viajero, todavía conservaba una cierta unidad de referencia espacial. En *Deseo de ser piel roja*, la multiplicidad de lugares, imaginarios o reales, a los que alude el sujeto itinerante, es tal que se llega a romper cualquier impresión unitaria espacio-temporal, que favoreciera la fundamentación de la identidad propia de un ser personal fijo, correspondiente al narrador convertido en emisor de voces, repletas de recuerdos, angustias, quejas y deseos.

Al tratar de buscar algo con lo que identificarse y a lo que considerar como realmente propio y perteneciente a sí mismo de forma esencial, no encuentra el narrador de *Deseo de ser piel roja* nada, a no ser rasgos de alguien que se mira al espejo, o que intenta escribir desde el presentimiento de un vacío cada vez más difícil de soportar. De hecho, el texto metanarrativo de este ensayo está escrito por alguien colocado frente al espejo, intentando caligrafiar el laboreo del tiempo, en el rostro, para saber de qué habla y qué dice. Tal tarea resulta decepcionante, debido a que ese espejo se convierte en una ventana que se ha helado, y a través de la cual no puede vislumbrarse nada, excepto el rostro borroso de alguien que intenta ver algo. El que escribe llega a descubrir que siempre ha sido ese semblante inmóvil que entreve en

la escarcha del espejo, correspondiente al de alguien que, aun en medio de un absurdo casi total o dolorosamente acuciante, espera. Ante el espejo, la acción que parece querer relatarse se ha detenido y el narrador no es sino alguien que no llega a saber lo que exactamente significa e implica la pregunta por su propia identidad.

Todo lo relatado, con matices próximos a la incoherencia referencial, en *Deseo de ser piel roja*, tiene como telón de fondo el intento persistente por descubrir la identidad de ese sujeto que nunca ha habilitado su tierra y no conoce a su gente, habiendo vivido en medio de mil ruidos como en suspenso. Quizás sea este esfuerzo acuciante que pesa sobre lo que de sí mismo parece pensar el narrador reflexionante, el que le impulse a desear poseer la libertad del piel roja, el cual, aun habiendo sido degradado de su tierra y de su contorno, posee la facilidad de moverse a donde le apetece, sin ataduras fijas ni limitantes. Aquí podría encontrarse una posible interpretación de la connotación semántica, correspondiente al título de esta obra. El narrador atormentado por la búsqueda de una identidad fija que le defina y que, en definitiva, le ate, desea, en cambio, realmente ser el piel roja, poseedor de libertad de movimiento, de acción, y con una espontaneidad natural enriquecedora, obrando sin miedo ni coacción. Por otro lado, a todo esto conviene añadir que el atractivo que inspira lo implicado en la vitalidad del narrador, va unido, en cambio, una dimensión de sufrimiento que le hace andar por la senda de los humillados y perdedores. A este respecto, no se debería perder de vista que en la vieja película muda de la infancia de este narrador, que le hace reverberar el poema del mismo título de Kafka, *Deseo de ser piel roja*, aparecen unos jóvenes indios colgados de un poste y atados por los pies, mientras soportaban mudos las más espantosas torturas que les infligían algunos guerreros de su propia tribu. Ese dolor será una constante y acompañará a todos los perdedores que van desfilando por la historia relatada en dicha obra ensayística. En unos casos, se manifestará en la expresión del recluta argentino en la guerra de las Malvinas, en los prisioneros torturados y arrojados al jergón de un calabozo, o en las gentes que día tras día, pacientes y desnudas, hacían cola ante la puerta de la cámara de gas, habiendo respirado ya tantas veces el humo de los hornos crematorios de Auschwitz, seres que se pusieron en fila ante el horror, ante la

muerte. El narrador se pregunta, con agudeza, ante estos sufrimientos, si alguien obligado a demorarse en una formación, con los ojos fijos en la nuca de quien le precede, ofreciendo la suya al que viene detrás, mientras la muerte va cantando su monótona victoria, es todavía un ser. En tales circunstancias, cabría pensar si tiene incluso sentido el preguntarse por la identidad propia. Según lo expresado en *Deseo de ser piel roja*, y, a pesar de lo que digan todos cuantos pugnan por marchar uncidos a la carreta de la historia de los vencedores, no existe un después de tales torturas, ya que Auschwitz cubre la tierra entera. Puede que aparentemente se mantenga el horror alejado de la opulencia, pero existe en las tierras del tercer mundo, en donde el genocidio no deja de ser lo mismo de siempre, afectando en unas ocasiones a los pieles rojas y en otras a los encarcelados en los campos de concentración. En cualquier caso, la historia de Auschwitz es la historia del alambre de espino, de los encierros masivos de poblaciones, del fin del espacio abierto.

Son precisamente las imágenes de un dolor radical, que se retiran una y otra vez, y que afectan a los perdedores, humillados y ofendidos, las que ofrecen una dimensión nueva a lo relatado y reflexionado en *Deseo de ser piel roja*, que no estaba presente con las mismas connotaciones semánticas en obras anteriores de Morey. Es cierto que al narrador de *Deseo de ser piel roja* le ofrece un gran atractivo la vitalidad espontánea del indio que se mueve donde y como quiere, pero no debe olvidarse la presencia no amortiguada de una amenaza de sufrimiento y destrucción total que convierte en un absurdo hasta la misma formulación de cualquier pregunta encaminada a buscar la identidad propia o la de los otros. Tal vez aquí radique la conveniencia de haber recurrido el texto narrativo y ensayístico de *Deseo de ser piel roja* a un discurso fragmentado, en el que desde los márgenes de lo silenciado puedan deconstruirse las estructuras de dominio y poder que pesan sobre todos. En conformidad tanto con este tipo de discurso como con el contenido conceptual reflexivo de dicha obra literaria, es posible sugerir que, a la hora de hacer un estudio crítico serio sobre la misma, se siguieran las pautas teóricas y metodológicas abiertas por David H. Hirsch en *The Deconstruction of Literature. Criticism after Auschwitz*.